

Victorita, a la hora de la cena, riñó con la madre.

-¿Cuándo dejas a ese tísico? ¡Anda, que lo que vas a sacar tú de ahí!

-Yo saco lo que me da la gana.

-Sí, microbios y que un día te hinche el vientre.

-Yo ya sé lo que me hago, lo que me pase es cosa mía.

-¿Tú? ¡Tú qué vas a saber! Tú no eres más que una mocosa que no sabe de la misa la media.

-Yo sé lo que necesito.

-Sí, pero no lo olvides; si te deja en estado, aquí no pisas.

Victorita se puso blanca.

-¿Eso es lo que te dijo la abuela? La madre se levantó y le pegó dos tortas con toda su alma.

Victorita ni se movió.

-¡Golfa! ¡Mal educada! ¡Que eres una golfa! ¡Así no se le habla a una madre!

Victorita se secó con el pañuelo un poco de sangre que tenía en los dientes.

-Ni a una hija tampoco. Si mi novio está malo, bastante desgracia tiene para que tú estés todo el día llamándole tísico.

Victorita se levantó de golpe y salió de la cocina. El padre había estado callado todo el tiempo.

-¡Déjala que se vaya a la cama! ¡Tampoco hay derecho a hablarla así! ¿Que quiere a ese chico?

Bueno, pues déjala que lo quiera, cuanto más le digas va a ser peor. Además, ¡para lo que va a durar el pobre!

Desde la cocina se oía un poco el llanto entrecortado de la chica, que se había tumbado encima de la cama.

-¡Niña, apaga la luz! Para dormir no hace falta luz. Victorita buscó a tientas la pera de la luz y la apagó."

"Doña Rosa va y viene por entre las mesas del café, tropezando a los clientes con su tremendo trasero. Doña Rosa dice con frecuencia "leñe" y "nos ha merengao". Para doña Rosa, el mundo es un Café, y alrededor de su Café, todo lo demás. Hay quien dice que a doña Rosa le brillan los ojillos cuando viene la primavera y las muchachas empiezan a andar de manga corta. Yo creo que todo eso son habladurías: doña Rosa no hubiera soltado jamás un buen amadeo de plata por nada de este mundo. Ni con primavera ni sin ella. A doña Rosa lo que le gusta es arrastrar sus arrobas, sin más ni más, por entre las mesas... Doña Rosa tiene la cara llena de manchas, parece que está siempre mudando la piel como un lagarto. Cuando está pensativa, se distrae y se saca virutas de la cara, largas a veces como tiras de serpentinas. Después vuelve a la realidad y se pasea otra vez, para arriba y para abajo, sonriendo a los clientes, a los que odia en el fondo, con sus dientecillos renegridos, llenos de basura.

Varios son los temas propuestos en el contenido del fragmento de *La colmena* de Camilo José Cela. Por un lado, la libertad de la juventud para tomar sus decisiones y vivir su propia vida. Por otro lado, el derecho de los padres a intervenir en las decisiones que condicionarán la vida de sus hijos. También aparece en el texto el problema del respeto en las relaciones humanas y el uso de la violencia en las relaciones padres-hijos. Por último, la incomunicación del ser humano en general y la dificultad para gestionar los sentimientos en etapas como la adolescencia o la primera juventud cuando nos falta perspectiva y las hormonas sitúan el enamoramiento como eje central de nuestras vidas.

El primer tema es sumamente controvertido, incluso en la sociedad actual. Asistimos diariamente a ese enfrentamiento en que, al parecer, la voluntad de los hijos prima sobre la de los padres dando lugar a salidas sin horas, interminables jornadas escolares infructuosas, ausencia de responsabilidades concretas... Todo ello ha dado lugar a la denominada “generación ni-ni” –ni estudia ni trabaja- caracterizada por asumir todos los derechos sin enfrentar ninguna responsabilidad para consigo mismos o con los demás. Las leyes parecen propiciar ese menosprecio a la autoridad de los padres cuando se aprueban leyes –como la del aborto- que hace innecesario su permiso cuando los hijos aún son menores de edad. Con todo, la tarea más difícil de unos padres consiste en educar para la libertad en la conciencia de que no puede existir libertad –en la toma de decisiones- sin responsabilidad. Y, llegado el momento marcado por la edad, asumir que los hijos tienen derecho a cometer sus propias equivocaciones.

En este sentido, los padres tienen el derecho y la obligación de tutelar y educar a los hijos. Tanto más cuanto la ley los hace responsables civiles de sus actos durante su minoría de edad, es la «patria potestad» –si yo debo responder por ti, debo poder imponerte una línea de conducta-. El hecho es que la autoridad se ha ido desdibujando en la sociedad actual donde parece que toda imposición es un signo de autoritarismo trasnochado con el que hay que acabar a toda costa. Sin embargo, es necesaria una reflexión profunda sobre el papel y la responsabilidad de los padres en la educación de sus hijos. No son sus amigos, son sus progenitores. Amigos podrán tener muchos, pero ese punto de referencia en la vida sólo pueden dársele quienes los quieren por sí mismos sin esperar nada a cambio. Solo tendrán un padre y una madre para toda la vida.

La imposición por la violencia es otro de los temas. La violencia solo genera violencia. El texto lo plantea de forma muy clara y realista. La bofetada de la madre, lejos de someter a la protagonista, la reafirma en su línea de pensamiento y conducta. La conversación queda rota. La mejor defensa es el ataque, Victoria da donde más duele: el embarazo de su propia madre. Nunca fue un medio la violencia, lo que no quiere decir que ante un desafío de autoridad el niño pueda salirse con la suya. El poner límites a la libertad de actuación es necesario en la educación para formar el criterio y la voluntad de las personas. Límites claros y justos que van abriéndose a medida que el niño va adquiriendo responsabilidad y conocimiento. Si lo hacemos bien, la bofetada nunca será necesaria ni justificable. La violencia no significa sino el fracaso de la razón y el diálogo y cuando esto nos falla hemos perdido la posibilidad de influir positivamente en la conducta del otro. Si de verdad nos duele el creer que va a cometer un error que puede conducirle a la infelicidad, el peor de los recursos será cortar la posibilidad del diálogo.

Y a esto se llega a través del respeto, palabra que me gusta más que “tolerancia”. Respetar es considerar al otro como persona. Respeto cuando reconozco en el otro su capacidad y su individualidad. “Tolerar” significa “aguantar”, “soportar”. En ambos casos nos situamos en una tensión que motiva estar a la defensiva. “Respetar” significa “aceptar” una realidad sabiendo el

lugar que cada uno de nosotros ocupamos. No hay tensión, sino afirmación. Lamentablemente, esta cultura de los derechos, del amigismo, donde se dice a los padres “qué NO deben hacer” pero no se les ofrece recursos sustitutivos, nos conduce a una situación de alarma social que se manifiesta, por ejemplo, en el número de denuncias de padres a hijos por maltrato en el ámbito doméstico. El autoritarismo genera individuos sin la autoestima necesaria para la capacidad de decidir imprescindible en la toma de decisiones que se requiere para vivir en libertad. La ausencia de criterios y el libertinaje genera conductas irresponsables que imposibilitan elaborar un proyecto de futuro con sentido. El equilibrio desde el respeto ha de ser la clave. El hecho de que el texto esté ambientado hacia mediados del siglo XX y la problemática siga siendo actual nos indica la dificultad intrínseca de lograr este equilibrio

En teniendo con qué alimentarnos y con qué cubrirnos, estemos con eso contentos. Los que quieren enriquecerse caen en tentaciones, en lazos y en muchas codicias locas y perniciosas que hunden a los hombres en la perdición y en la ruina, porque la raíz de todos los males es la avaricia, y por eso mismo me será muy difícil perdonarte, cariño, por mil años que viva, el que me quites el capricho de un coche. Comprendo que a poco de casarnos eso era un lujo, pero hoy un Seiscientos lo tiene todo el mundo, Mario, hasta las porteras si me apuras, que a la vista está. Nunca lo entenderás, pero a una mujer, no sé como decirte, le humilla que todas sus amigas vayan en coche y ella a patita, que, te digo mi verdad, pero cada vez que Esther o Valentina o el mismo Crescente, el ultramarinero, me hablaban de su excursión del domingo me enfermaba, palabra. Aunque me esté mal decirlo, tú has tenido la suerte de dar con una mujer de su casa, una mujer que de dos saca cuatro y te has dejado querer, Mario, que así qué cómodo, que te crees que con un broche de dos reales o un detallito por mi santo ya está cumplido, y ni hablar, borrico, que me he hartado de decirte que no vivías en el mundo pero tú, que si quieres. Y eso, ¿sabes lo que es, Mario? Egoísmo puro, para que te enteres, que ya sé que un catedrático de Instituto no es un millonario, ojalá, pero hay otras cosas, creo yo, que hoy en día nadie se conforma con un empleo. Ya, vas a decirme que tú tenías tus libros y “El Correo”, pero si yo te digo que tus libros y tu periodicucho no nos han dado más que disgustos, a ver si miento, no me vengas ahora, hijo, líos con la censura, líos con la gente y, en sustancia, dos pesetas. Y no es que me pille de sorpresa, Mario, porque lo que yo digo, ¿quién iba a leer esas cosas tristes de gentes muertas de hambre que se revuelcan en el barro como puercos?. Vamos a ver, tú piensa con la cabeza, ¿quién iba a leer ese rollo de “El Castillo de Arena” donde no hablas más que de filosofías? Tú mucho con que si la tesis y el impacto y todas esas historias, pero ¿quieres decirme con qué se come eso? A la gente le importan un comino las tesis y los impactos, créeme, que a ti, querido, te echaron a perder los de la tertulia, el Aróstegui y el Moyano, ese de las barbas, que son unos inadaptados.

1.-Determine las características lingüísticas y literarias del texto que se propone. ¿Qué tipo de texto es?

2.-Redacte un resumen del contenido del texto.

3.-A partir del texto, exponga su opinión de forma argumentada sobre el cambio de hábitos sociales en las relaciones de pareja.

¡Qué hermosa eres, amada mía, qué hermosa eres! Tus ojos son palomas, y perdóname que insista, Mario, que a lo mejor me pongo inclusive pesada, pero no es una bagatela eso, que para mí, la declaración de amor, fundamental, imprescindible, fíjate, por más que tú vengas con que son tonterías. Pues no lo son, no son tonterías, ya ves tú, que, te pones a ver, y el noviazgo es el paso más importante en la vida de un hombre y de una mujer, que no es hablar por hablar, y, lógicamente, ese paso debe de ser solemne, e, inclusive, si me apuras, ajustado a unas palabras rituales, acuérdate de lo que decía la pobre mamá, que en paz descanse. Por eso, por mucho que él la defienda, y por voces que dé, no me seduce la fórmula de Armando de salir cuatro tardes juntos y retenerle un buen rato la mano para considerarse comprometidos. Eso será un compromiso tácito si quieras, pero si me preguntaran a mí, no me mordería la lengua, te lo aseguro, que yo me mantendría en mis trece, Esther y Armando se han casado prácticamente sin ser novios antes, de golpe y porrazo, tal como suena, cosa que, bien mirado, ni moral me parece. Es lo mismo que si un hombre pretendiera ser marido de una mujer por ponerle la mano encima, equilícuial, que el matrimonio será un Sacramento y todo lo que tú quieras, pero el noviazgo, cariño, es la puerta de ese Sacramento, que no es una nadería, y hay también que formalizarlo, que ya sé que fórmulas hay muchísimas, montones, qué me vas a decir a mí, desde el “te quiero” al “me gustaría que fueses la madre de mis hijos” con todo lo cursi que sea, figúrate, de sorche y de criada, pero, a pesar de todo es una fórmula, y, como tal, me vale.

Miguel Delibes, *Cinco horas con Mario*

Si no encuentro un taxi no llego. ¿Quién sería el Príncipe Pío?¹ Príncipe, príncipe, del fin, principio del mal. Ya estoy en el principio, ya acabó, he acabado y me voy. Voy a principiar otra cosa. No puedo acabar lo que había principiado. ¡Taxi! ¿Qué más da? El que me vea así. Bueno, a mí qué. Matías², qué Matías ni qué. Como voy a encontrar taxi. No hay verdaderos amigos. Adiós amigos. Adiós amigos. ¡Taxi! Por fin. A príncipe Pío. Por ahí empecé también. Llegué por Príncipe Pío, me voy por Príncipe Pío. Llegué solo, me voy solo. Llegué sin dinero, me voy sin... ¡Qué bonito día, qué cielo más hermoso! No hace frío todavía. ¡Esa mujer! Parece como si hubiera sido, por un momento, estoy obsesionado. Claro está que ella está igual que

la otra también. Por qué será, cómo será que yo ahora no sepa distinguir entre la una y la otra muertas, puestas una encima de la otra en el mismo agujero: también a ésta autopsia. ¿Qué querrán saber? Tanta autopsia; para qué, si no ven nada. No saben para qué las abren: un mito, una superstición, una recolección de cadáveres, creen que tienen una virtud dentro, animistas, están buscando un secreto y en cambio no dejan que busquemos los que podíamos encontrar algo, pero qué va, para qué, tiene razón, no estoy dotado. La impresión que me hizo. Siempre pensando en las mujeres. Si yo me hubiera dedicado sólo a las ratas. ¿Pero qué iba a hacer yo? ¿Qué tenía que hacer yo? (...) Florita, la desnuda Florita en la chabola, florecita pequeña, pequeñita, pequeñita, florecilla le dio la vieja, florecita la segunda que... ajjj... Me voy, lo pasaré bien. Diagnosticar pleuritis, peritonitis, soplos, cólicos, fiebres gástricas y un día el suicidio con veronal de la maestra soltera. Las muchachas el día de la fiesta, delante de la procesión, detrás del palio, rojas, carrilludas, mofletudas, mirando de lado hacia donde estoy asqueado de verlas pasar, mirando sus piernas, sentado en el casino con dos, cinco, siete, catorce señores que juegan al ajedrez y me estiman mucho por mi superioridad intelectual y mi elevado nivel mental. Ya está, Príncipe Pío. Sí, por arriba. Luego se baja en un ascensor gratis con un tornillo por debajo que parece que le están dando... Comprar un megret³ para el tren, hace tiempo que no leo policíacas, a mí policíacas.